

BIOGRAFÍA DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO⁽¹⁾

Mario Crespo López. Escuela de Filosofía de Oviedo.

Fundación Gustavo Bueno. 5 de febrero de 2018.

1. MENÉNDEZ PELAYO SOBRE JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ DE LUANCO (en *Castropol*, número extraordinario dedicado a Luanco, 10 abril 1906; y en *El Doctor Don José Ramón F. Luanco y Riego. Datos de su vida reunidos por Miguel García Teijeiro*, Lugo, Tip. de la Vda. de A. Suárez Sal, 1926, p. 48-49).

«Entre las principales fortunas de mi vida cuento el haber pasado algunos años de mi primera juventud al lado de don José Ramón de Luanco, paisano y fraternal amigo de mi padre. En aquel varón excelente no vi más que sanos ejemplos, y aunque he cultivado muy distintos estudios que él, bien puedo llamarme discípulo suyo, puesto que su vasta y sólida cultura se extendía a varios ramos del saber, y muy particularmente a las letras humanas, en que no sólo podía calificarse de aficionado, sino de conocedor muy experto. Él me comunicó su afición a los libros raros, y me hizo penetrar en el campo poco explorado de nuestra bibliografía científica. Sus trabajos eruditos, interesantes y hasta la fecha únicos, sobre *La alquimia en España*, prueban lo que valía como investigador al mismo tiempo que como hombre de ciencia».

2. MENÉNDEZ PELAYO SOBRE NICOLÁS SALMERÓN (carta de Menéndez Pelayo a Marcelino Menéndez Pintado, Madrid, 30 de mayo de 1874).

«Tú no comprenderás cuál es la causa de tan extraña conducta. Pues esto no reconoce otro motivo que el de hacer de cada uno de nosotros, a fuerza de venir a su cátedra, un sectario de sus doctrinas filosóficas y *religiosas*. Por lo tanto, el examinarse con él, aun cuando uno quede aprobado (cosa materialmente imposible), constituye al examinado en la tácita obligación de volver un año y otro a su cátedra, cosa que ni puedo ni quiero ni debo. Tú no comprenderás algunas de estas cosas, porque no conoces a Salmerón ni sabes que el krausismo es una especie de masonería en la que los unos se protegen a los otros, y el que una vez entra, tarde o nunca sale. No creas que esto son tonterías ni extravagancias; esto es cosa sabida por todo el mundo. Por lo tanto, creo que lo mejor es examinarme en Valladolid cuando pase para ésa. No obstante, si quieres que me presente a examen, lo haré, pero casi con la seguridad de salir suspenso. Haz lo que quieras. A mí todo esto me tiene sin cuidado...».

3. CLARÍN SOBRE MENÉNDEZ PELAYO (*Solos de Clarín*, 1891, p. 32).

«Para entretener las horas de descanso en la Universidad, el entusiasta alumno solía recitarnos versos de Fray Luis de León (que prefiere a todos los poetas de aquel tiempo) y otras veces de Manzoni, o de algún poeta inglés, o portugués, o catalán... lo que se pedía. ¡Qué memoria! Y no quiero decir sólo ¡cuánta memoria!, sino ¡qué buena, qué selecta!»

¹*Biografía de Marcelino Menéndez Pelayo*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim (Biografía, 39), 2016.

4. IMPRESIÓN DE ROMA (carta de Menéndez Pelayo a José María de Pereda, Roma, 3 febrero 1877).

«Aquí estoy, amigo, quince días hace, pasmado, maravillado, sorprendido. Apenas he visto más que la Roma pagana, la clásica, la pura. ¡Lástima que quede tan poco! ¡Pero qué restos! ¡Qué arcos y qué columnas y qué anfiteatro Flavio! ¡Consuela eso de poder andar por la *Vía Sacra*, y por el *Foro* como Pedro por su casa! Bien le decía a usted se viniese conmigo. No debe usted morir sin ver todo esto. De la Roma nueva, de la cristiana, no he visto tanto, aunque lo iré viendo todo. Pero sí he notado que ningún templo de Roma, ni siquiera el de San Pedro infunde sentimientos de fervor ni compunción, sino de admiración profana. El respeto que produce siempre el arte, pero nada más. ¡Qué museos de escultura los del Vaticano! ¡Allí triunfa y vive el arte antiguo en su maravillosa carrera! ¡Y pensar que esos Apolos y esos Laocontes, tras de estar más o menos profanamente restaurados no son quizá (ni sin quizá) los más acabados modelos de ese arte, ¿cómo sería lo que hemos perdido? Por lo demás, paso casi todo el día en las bibliotecas y voy haciendo rica cosecha de datos y apuntamientos».

5. AMOR DE CONCHITA (carta de Menéndez Pelayo a Conchita Pintado, 1 septiembre 1878).

«Estoy con un fuerte dolor de muelas. Dicen que es mal de enamorados, y por eso yo lo siento tan fuerte, aunque tu recuerdo basta para calmar éste y todos los dolores, por graves que fuesen. Tú das luz y hermosura a mi vida. Cada día estoy peor avenido con esta ausencia, que llega ya a cuatro meses. Me persigue el recuerdo de los deliciosos días que pasé contigo en Sevilla y en Madrid: no puedes figurarte qué monótona y triste me parece la vida lejos de ti. A veces me parece que nuestra felicidad está muy cerca, y entonces la impaciencia me devora. Otras veces se me antoja que por todas partes hay obstáculos, que voy a quedar mal en la oposición &, pero nunca me desaliento. Confío en que nuestras voluntades han de vencerlo todo, y así ando entre esperanzas y temores, aunque siempre vence la esperanza. Cuando fantaseo y finjo en el pensamiento lo dichosos que podemos ser, siento un bienestar inexplicable. Sólo me admira que hayas llegado a quererme.

¡Si supieras qué fiel te he sido! Ni siquiera voy a los paseos donde hay muchachas, y en el teatro me pongo en sitio donde a nadie veo. Todos saben aquí que tengo una novia ausente y que la adoro. A Amelia no la he visto, hace más de dos meses. Esto te probará que apenas salgo y no te lo digo por mérito (que fuere una majadería) sino porque estoy en la persuasión de que ojos que te vieron no deben ver (o a lo menos mirar) a ninguna mujer nacida. Aunque yo no quisiera, me sucedería lo mismo. Todas me parecen feas y sin gracia cuando me acuerdo de mi gaditana, tesoro de belleza y de todo género de perfecciones.

Yo no sabía lo que era estar dominado por un solo pensamiento. Todo lo que veo o hago lo refiero a ti, como a final objeto, y en todo descubro tu imagen. Todo me trae memorias tuyas. Si oigo hablar a alguna mujer, digo: *¡con cuánta más gracia hubiera dicho esto Conchita!* Si oigo cantar, me acuerdo de ti, y ningún canto me suena bien [...].».

6. CRÍTICA LIBERAL (*El Liberal*, 13 de octubre de 1880).

«Todo el mundo está conforme en que el señor Menéndez Pelayo es un memori6n fenomenal. Es una biblioteca ambulante. No s6lo conoce el texto de todos los libros y manuscritos agazapados en los archivos, sino que recuerda tambi6n la disposici6n de sus portadas, las dobleces casuales de las hojas y si est6n encuadernados en pergamino o en pasta, datos mucho m6s interesantes que el texto.

Todo el mundo reconoce que en este punto no ser6 ciertamente el 6ltimo, sino el primer acad6mico, y que, prosiguiendo con asiduidad sus lecturas, podr6 ser el 6ndice de la sabidur6a humana.

Se comprende, pues, que los acad6micos hayan pensado en llevarle a la corporaci6n. Nada tan enojoso ni tan sucio como revolver libros y papelotes. Es mucho m6s c6modo tener una especie de ayuda de c6mara literario que nos ayude a vestir el entendimiento. La entrada del Sr. Menéndez Pelayo en la Academia es un acto de feroz ego6smo. Su misi6n, aunque relacionada con el intelecto, es puramente mec6nica. Entra de apuntador y cicerone.

Bajo este punto de vista no es probable que nadie haga la oposici6n a Menéndez Pelayo; poco conocido del pa6s, es cierto, pero muy conocido de los sabios. Tiene, sin embargo, adversarios por dos razones: por su excesiva juventud y por la endeblez de sus obras originales. En efecto, el Sr. Menéndez Pelayo, que tanto sabe de los dem6s, sabe poco de s6 mismo».

7. ELOGIO CARLISTA (*El Siglo Futuro*, junio de 1881).

«Anda por esas calles un joven, casi un ni6o, de mediana estatura, delgado, nervios6simo, desali6ado y distra6do, que a primera vista no llama la atenci6n, que a poco que se le oiga pasma y maravilla como si se presenciase un milagro, en quien Dios ha derramado a manos llenas tesoros inmensos de entendimiento clar6simo, de agud6simo ingenio, de memoria asombrosa, de talento y elocuencia, y lo que vale m6s que todo, de ardent6sima fe y voluntad ardiente y vigorosa, pronta siempre a emplear con laboriosidad incansable y cristiana fortaleza, en servicio de su Dios todos los extraordinarios, prodigiosos dones que de Dios ha recibido».

8. PRIMER DISCURSO DE MENÉNDIZ PELAYO EN EL CONGRESO (13 de febrero de 1885).

«Yo, que a la absoluta carencia de dotes de elocuencia uno hasta el defecto f6sico harto perceptible que entorpece el curso de mi oraci6n, interponi6ndome entre la palabra exuberante y rica en im6genes del Sr. Castelar y la acerada, elocuente y animada de mi querido amigo el Sr. Pidal, es en m6 pretensi6n inaudita [...] Nadie tiene que deplorar eso m6s que yo, puesto que no solamente soy catedr6tico e hijo de catedr6tico, sino que puedo decir que la Universidad es mi casa, que he nacido y me he criado en las escuelas oficiales; que nadie ama m6s que yo a la ciencia y a la Universidad, porque el Instituto primero, y la Universidad despu6s, han sido mi segunda familia, como lo son hoy los estudiantes; y por eso me duele en lo m6s profundo de mi alma ver extraviado el esp6ritu de la juventud con predicaciones que tengo por altamente da6osas y quebrantadoras de la disciplina escolar, que el se6or Castelar y yo estamos obligados a defender siempre y en toda ocasi6n, por el prestigio mismo y la dignidad de nuestras togas».

9. AMISTAD CON SUS CONTRADICTORES (“Advertencia preliminar” a la tercera edición de *La ciencia española*, 28 de abril de 1887).

«Es tal mi respeto a la dignidad ajena; me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende a zaherir, a mortificar, a atribular una alma humana, hecha a semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aun la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano. Gracias a Dios, ni aun en mi primera juventud, en la casi infancia en que escribí estas cartas, creo haberme dejado ir a las tropelías y desmanes de la crítica al uso, ni me remuerde la conciencia de haber escrito una sola página por animosidad contra nadie. Lo más duro, lo más violento que hay en mis artículos, nace del ardor de mi convicción personal, avivada al choque y contradicción de las ideas opuestas. Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona ni he ofendido a sabiendas a nadie. Y la mejor y última prueba que puedo alegar de esto, es que todos mis contradictores han sido amigos míos después de esta controversia, y lo fue muy íntimo, dejándome con su muerte imborrable recuerdo y amarguísimo duelo, aquel gran crítico Manuel de la Revilla, en cuyo generoso espíritu no quedó ni la más ligera sombra de rencor después de nuestro combate literario, sino afectos de simpatía, confirmados luego por el lazo estrechísimo con que liga a sus miembros la institución universitaria, haciéndolos, más bien que compañeros, hermanos».

10. JUEGOS FLORALES DE BARCELONA («Discurs de gràcies», Jocs Florals, Barcelona, 27 de mayo de 1888).

«Siendo el castellano mi lengua nativa, debí a Cataluña una parte muy considerable de mi educación literaria, y catalán fue el más sabio y el mejor de mis maestros, y todo eso me liga estrechamente a Cataluña, teniendo algo de piedad filial este mi afecto [...] Habéis venido a escuchar amorosamente los acentos de esta lengua no forastera ni exótica, sino española y limpia de toda mancha de bastardía [...] Esa lengua, retoño generoso del tronco latino, yacía, no hace medio siglo, en triste y vergonzosa postración. Hasta su nombre propio y genuino se le negaba, ni ¿quién lo había de conocer bajo el disfraz de aquellas peregrinas denominaciones de *lemosina* y *provenzal* con que solían designarla los pocos eruditos que se dignaban acordarse de ella, aunque fuese para darla por muerta y relegarla desdeñosamente a algún museo de antiguallas? Es cierto que en los labios del pueblo la lengua continuaba viviendo, pero ¡qué diferente de aquel *bell catalanesc* que Muntaner hablaba!».

11. DEFENSA DE GONZÁLEZ DE LINARES (carta de Menéndez Pelayo a Antonio Cánovas del Castillo, Madrid, 6 mayo 1891).

«Sería para mí un grandísimo dolor, sobre todo, como sé que el señor Linares se ocupa exclusivamente en zoología desde hace muchos años y se ha dejado de filosofías y de política, que muriera en flor una fundación científica utilísima. Yo le he visitado muchas veces demostrando su afán de perfeccionamiento y progreso, su visión de precursor, y en cuanto puedo juzgar de estas cosas, creo que es un centro científico que honra a España y que con el tiempo podría ser el núcleo de una verdadera Facultad de Ciencias a la moderna, que en vez del estudio formalista y rutinario que ahora se da en las

universidades, habituase a nuestros alumnos a la observación y experimentación directa del mundo físico».

12. CATÁSTROFE DEL BUQUE “CABO MACHICHACO” (carta de Menéndez Pelayo a Juan Valera, Madrid, 28 noviembre 1893).

«He estado todo este mes abrumado por la pesadumbre que me produjo la catástrofe de Santander y sin gusto ni ánimo para pensar en nada. Afortunadamente, salieron ilesos todos los de mi familia, que no es numerosa, pero tuve que lamentar la pérdida de muchos conocidos y amigos más o menos íntimos y además me llegó al alma la desolación de mi pobre ciudad. En casa no pasó nada, salvo la rotura de cristales, que fue general en toda la población, y la rotura del tejado de la biblioteca por un pedazo de hierro que, afortunadamente, cayó al suelo sin tocar los libros. Se compuso en seguida, antes de que viniesen las lluvias, y por esta parte no hay peligro. La pérdida hubiera sido verdaderamente grave y en parte irreparable, porque sólo de manuscritos españoles anteriores al siglo XVI tengo cerca de 40, varios de ellos inéditos».

13. MENÉNDEZ PELAYO SEGÚN RUBÉN DARÍO (*La Nación*).

«No olvidaré nunca su mirada vivaz y escrutadora, su gesto acentuador y definitivo, su conversar yendo y viniendo por el saloncito de labor, su cabeza ya pensativamente inclinada, ya erguida en el orgullo de la cierta posesión de una idea; su voz, contenida a veces por ciertas rápidas sacudidas nerviosas que son impedimento en él para los triunfos oratorios, pero de un timbre vibrante, que se hace oír en sucesivas metálicas clarinadas, hasta concluir en una sedosa blandura».

14. AMISTAD CON PÉREZ GALDÓS (discurso de contestación a Pérez Galdós, RAE, 7 de febrero de 1897).

«Desde entonces [1874], a pesar del transcurso del tiempo, que suele enfriar todos los afectos humanos; y a pesar de nuestra pública y notoria discordancia en puntos muy esenciales; y a pesar, en fin, de los muy diversos rumbos que hemos seguido en las tareas literarias, nuestra amistad, como cimentada en roca viva, ha resistido a todos los accidentes que pudieran contrariarla, y ni una sola nube la ha empañado hasta el presente».

15. HIGIENE DE MENÉNDEZ PELAYO (carta de Juan Valera a José Alcalá Galiano).

«Acaso Menéndez no llegue a venir y se haya escamado de los desdenes y melindres de mi mujer y de mi hija. Mucho me pesa de ello, pero no puedo negar que ambas tienen alguna razón en mostrarse melindrosas y desdeñosas. Menéndez, como no se lava nunca, huele bastante mal, a pesar de los fríos del invierno... Es lástima que Menéndez, el más sabio de los españoles y uno de los más eruditos y discretos escritores que viven en el día sobre la faz de nuestro planeta, esté tan asqueroso y tan poco de recibo».

16. DESENCANTO PERSONAL (carta de Menéndez Pelayo a Arturo Farinelli, Madrid, 4 febrero 1906).

«Tuve en los últimos meses del año pasado la inmensa desgracia de perder a mi madre. No necesito hacer frases sentimentales para convencer a usted, que es hombre de sentimientos verdaderos y profundos, de la desolación de mi alma después de esta catástrofe. He tardado en reponerme de este golpe mortal, y sólo muy lentamente voy recobrando la serenidad perdida. Procuro pasar más tiempo en Santander que en Madrid, porque allí estoy más cerca de mi madre y disfruto de la compañía de mis hermanos. [...] Las letras son mi único consuelo en ésta y en todas las situaciones adversas de la vida, [...] Yo escribo poco, y los tiempos no están muy propicios para que ningún español escriba de materias de erudición, puesto que tiene que luchar a un tiempo con la indiferencia de los propios y con la agria crítica de los extraños, que tienen por sistema cerrar los ojos a todo lo que pueda haber de útil en un libro español, y encarnizarse solamente con los defectos de que ninguna obra humana está exenta y más la que se hace en condiciones tan difíciles y trabajosas como las nuestras».

17. INDULGENCIA CON LOS AÑOS (carta de Menéndez Pelayo a Camille Pitoulet, Madrid, 22 abril 1906).

«Como al fin la experiencia enseña algo, y tengo la triste ventaja de los años, no llevaré usted a mal que le diga que ciertas intemperancias de estilo en la crítica suelen agriar los ánimos sin provecho de la ciencia ni de nadie. Todo puede decirse con términos mesurados y corteses, y de tal modo que los autores censurados queden agradecidos al crítico. Todos hemos pecado más o menos en esta severidad juvenil, pero llega cierta edad en que se vuelve uno duro e inflexible juez de las obras propias y muy indulgente con las ajenas. Hartos disgustos y molestias tiene la vida para que debamos acrecentarlos gratuitamente, atrayéndonos la enemistad de personas honradas, inofensivas, y que trabajan en el mismo género de estudios que nosotros. Las letras humanas deben ser lo que su nombre dice. Han de servir para hacer más humanas y apacibles, no más duras y ásperas, las relaciones entre las gentes. Y perdone usted estas simplezas sentimentales, que ya sé que no están de moda desde que se inventó la teoría del *Superhombre*. Quizá usted mismo, cuando pase la efervescencia juvenil, me dará la razón, aunque ahora le parezca vulgar y tonto lo que escribo».

18. CRÍTICA LIBERAL POR LA ELECCIÓN DE PIDALCOMO DIRECTOR DE LA RAE (*El Liberal*).

«Los dramaturgos fracasados, los poetas reídos, los novelistas anodinos, y con preferencia los políticos en la plenitud de su vacua y soberbia garrulería, se congracian fácilmente con la atmósfera de aquella casa y hasta mejoran de salud. Se les acoge con cordial simpatía, pues van a compartir mansamente el silencio glacial y la melancólica esterilidad que allí se incuban, y desde el primer instante se les considera como adictos. Pero de cuando en cuando llega un pensador y crítico de la talla de Menéndez Pelayo, inteligencia oceánica por lo inmensa, activa y tumultuosa; un novelista de la gloriosa estirpe de Galdós, un dramaturgo de la imponente fecundidad de Echegaray, un escritor de la galanura y la independencia de Ortega Munilla, un novelista denso de

pensamiento y honrado de intención como Palacio Valdés, un literato del intrépido liberalismo de Picón, y los ornitorrincos aperciben los agudos picos prontos a morder».

19. ENCUENTRO DE JOSÉ ORTEGA MUNILLA CON MENÉNDEZ PELAYO EN EL BALNEARIO DE PUENTE VIESGO EN EL VERANO DE 1910.

«Una mañana del mes de agosto de 1910 me encontré en la galería hidroterápica del balneario de Puente Viesgo, cercano a Santander, a Marcelino Menéndez Pelayo, que abrigado con un gabán negro y llevando en la mano un paquete envuelto en un periódico, salía rápido hacia la terraza que se alza delante del edificio, a las orillas del admirado río Pas.

— No sabía que estuviera usted aquí —le dije—. No le he visto en el Hotel ni en parte alguna de Viesgo.

— Es que yo vengo cada día de Santander en el tren de las nueve. Me baño y me vuelvo a Santander en seguida —me contestó.

— Es hartó fatigoso ese régimen. Así no le probarán los baños.

— Es probable —repuso sonriendo— pero no quiero alejarme de mis libros. Estoy arreglando mi biblioteca.

Y el maestro pronunció estas palabras como quien da una razón definitiva. En efecto, para él los libros eran la vida, algo más querido que la vida misma. Parecióme muy desmejorado. El rostro encendido con arreboles en las mejillas, los ojos tembladores, el cuerpo inclinado, cierta fatiga en la respiración eran señales inequívocas de una enfermedad honda y grave. Sin embargo, Menéndez Pelayo sonreía con aquella bondad dulce e infantil que le era propia».

20. JOSÉ CANALEJAS SOBRE MENÉNDEZ PELAYO (sesión del Senado, 20 de mayo de 1912).

«Aquel jovenzuelo de hablar tardo y con apariencias de un discurrir perezoso, que se santiguaba respetuosamente y saludaba con modestia y encogimientos a los insignes miembros del Tribunal, comenzó el desarrollo esplendoroso de los temas de las diez cuestiones que la suerte le había señalado. Sus palabras eran un raudal, no de elocuencia vana, de elocuencia retórica, no, sino de saber profundo, de ciencia intensa, de hondo cultivo, del pensamiento para cuya visión no ofrecía misterios la historia de la literatura española. Yo, admirado y sobrecogido, temblé ante el que era mi rival entonces, del que fue maestro admirado después y fue mi inolvidable siempre».